



Illustration Stock

La representación del cambio climático en la sociedad española

# De la conciencia a la acción

Por PABLO ÁNGEL MEIRA CARTEA y MÓNICA ARTO BLANCO. SEPA-Grupo de Investigación en Pedagogía Social y Educación Ambiental. Universidad de Santiago de Compostela.

Los estudios de opinión realizados en los últimos dos años indican que la inmensa mayoría de la población española identifica el cambio climático (en adelante CC) como un problema ambiental, cree que la actividad humana es su causa principal y lo considera, además, una amenaza. Se puede afirmar que la «conciencia» sobre este tema está saturada, aunque está menos claro el nivel de relevancia e inminencia que se otorga a dicha amenaza y la responsabilidad personal que se identifica y asume ante la misma, y aún lo está menos qué estamos o estaríamos dispuestos a hacer para luchar contra ella. En las líneas que siguen se pretende indagar, hasta donde los estudios disponibles lo permiten, en las representaciones, las percepciones y las actitudes de la población española ante el CC.

**P**ara cualquier acercamiento a esta cuestión, es preciso entender el CC como un reto de extrema complejidad, tanto desde el punto de vista científico como por sus implicaciones sociales, económicas y culturales. De hecho, el CC puede ser definido como un problema híbrido, dado que todas estas dimensiones interfieren e interactúan entre sí y generan no pocas controversias e incertidumbres derivadas, entre otros factores, de la necesidad de transformar el conocimiento científico sobre el clima y sobre el papel del ser humano en su alteración, en alternativas y políticas de respuesta que afectan a centros neurálgicos del mundo contemporáneo, comenzando por el modelo energético y pasando por los estilos de vida y las pautas de producción y consumo vigentes entre nosotros, que la globalización económica y cultural tiende a exacerbar y a generalizar a prácticamente todas las sociedades humanas.

Si se acepta, como concluye el último informe del IPCC (2007)<sup>1</sup>, que el cambio

(1) El último informe del Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) está disponible para su consulta en <http://www.ipcc.ch/ipccreports/assessments-reports.htm>.



climático es un fenómeno irreversible y que el principal vector causal del mismo son las emisiones de gases invernadero de origen humano, las políticas de respuesta han de centrarse en mitigar su impacto: reducir en lo posible las emisiones de gases invernadero para amortiguar los pronósticos más pesimistas y favorecer los almacenes y sumideros naturales de carbono atmosférico, así como en facilitar la adaptación y la reducción de la vulnerabilidad de nuestra sociedad y de la humanidad en su conjunto ante aquellos impactos ya en curso o que se prevén como inevitables en el futuro.

Ante este panorama, la comunicación, la educación y la información sobre el cambio climático son instrumentos sociales que han de adquirir cada vez más importancia en las estrategias de lucha contra el CC. En este sentido, puede ser

útil explorar y comprender mejor los procesos sociales y culturales que están conformando la representación social del cambio climático entre nosotros; esto es, indagar en cómo este fenómeno se está integrando en la «cultura común» de la sociedad española, que está asimilando y procesando información, no sólo científica, para dar forma a ese «objeto» que denominamos «cambio climático». La forma en que este «objeto» sea conformado o representado será fundamental para que la sociedad valore adecuadamente y de forma realista su potencial de amenaza y su jerarquía en la escala de preocupaciones individuales y colectivas. Y será relevante, sobre todo, para generar o motivar posibles cambios en los estilos de vida establecidos.

El análisis cruzado de la información recogida en distintos estudios de opi-

nión realizados sobre la población española será la base para aproximarnos al proceso de construcción del CC como objeto de representación social. Antes de seguir es preciso, no obstante, hacer tres advertencias.

*El CC tiene que ser entendido como un reto de extrema complejidad tanto desde el punto de vista científico como por sus implicaciones sociales, económicas y culturales*

En primer lugar, los estudios de opinión tienen, en general, una capacidad limitada para explicar en profundidad las percepciones públicas sobre las amenazas y los riesgos ambientales. Esto es debido a la complejidad inherente a estos problemas, rasgo que, en el caso del CC, se hace más evidente. Pero también es debido a sus propias limitaciones metodológicas dado que, necesariamente, se han de simplificar las cuestiones a formular en contraste con las múltiples derivaciones psicosociales del problema objeto de estudio (Moser y Dilling, 2007: 47) y a que resultan muy vulnerables a los procesos de deseabilidad social. En segundo lugar, los diseños demoscópicos suelen ser poco sensibles a la experiencia personal y a los componentes emocionales y afectivos de las representaciones, que son dimensiones esenciales para valorar qué y cómo se configura socialmente un problema, en este caso, el CC.

Una tercera advertencia, especialmente destacable en nuestro caso, tiene que ver con la carencia de estudios que exploren sistemáticamente el estado y la evolución de la opinión pública española con



respecto al CC. De hecho, el único estudio demoscópico realizado monográficamente sobre este tema ha sido presentado recientemente por la Fundación BBVA (2008), constituyendo un aporte sumamente interesante y oportuno para afinar el retrato de la representación social del CC en España. Hasta el presente, la visión sobre las percepciones y actitudes de los españoles hacia el CC sólo se podía inferir a partir de ítems y cuestiones formuladas puntualmente en el contexto de demoscopias ambientales de temática general, como las realizadas por el CIS a nivel nacional –y que utilizaremos preferentemente en este ensayo– o por algunas comunidades autónomas en sus respectivos territorios. Frente a este déficit, otros países de nuestro entorno (Francia, Reino Unido, Suecia, Alemania, etc.) han venido desarrollando, ya desde principios de los años noventa del siglo pasado, programas sistemáticos de investigación social, por iniciativa pública o privada, para conocer y hacer un seguimiento de cómo sus ciudadanos interiorizan y valoran el CC y las políticas con él relacionadas.

*Varios países europeos han realizado desde principios de los años 90 programas de investigación social para conocer cómo valoran sus ciudadanos el CC y las políticas con él relacionadas*

Conviene insistir en que la «representación social» del CC –como la de cualquier otro problema ambiental o social que tenga derivaciones en la ciencia– contiene información científica o que proviene de fuentes científicas, pero llega a la inmensa mayoría de los ciudada-



nos a través de medios, mediadores y contextos que obedecen a otro tipo de lógicas que contribuyen a simplificar, reducir o distorsionar dicha información. Medios y mediadores que la interpretan, modulan y connotan en función de múltiples intereses, no siempre ligados a la lógica que rige la construcción del conocimiento científico, aunque dicha lógica sea invocada con vehemencia para legitimar determinadas posiciones (las que niegan el CC, por ejemplo).

Además, en la construcción del CC como un problema social, en la valoración de su grado de amenaza y en el desarrollo de predisposiciones para actuar en consecuencia, intervienen procesos de índole psico-social, cultural y situacional, relacionados con nuestras herramientas y limitaciones cognitivas para el manejo de la información, con la necesidad de concertar colectivamente los significados y los valores, y con la existencia de entornos y situaciones que fa-

cilitan –u obstaculizan– la toma de conciencia y la acción consecuente por parte de ciudadanos. En este conjunto de factores también es preciso considerar los componentes emocionales, que se activan especialmente cuando se abordan problemas que generan inseguridad e incertidumbre, y que pueden provocar el cuestionamiento de creencias, valores y concepciones del mundo y de la sociedad que son centrales para muchas personas.

Junto a estas advertencias, que podrían hacerse extensibles al análisis del impacto colectivo de cualquier problemática ambiental de carácter global, es preciso señalar otro tipo de barreras a la representación social, o a una representación social más ajustada, que derivan de la misma naturaleza del CC. Una de ellas es, por ejemplo, su carácter contraintuitivo: no podemos percibir «el clima» o los «cambios en el clima»; nuestra capacidad sensorial es incapaz de

captar cambios que se producen en una escala de decenas, cientos o miles de años. Lo que percibimos realmente es el tiempo atmosférico y, dada la información que ya circula sobre el calentamiento global y sus consecuencias, tendemos a interpretar las anomalías en el tiempo como evidencias del CC, le puedan ser o no atribuibles en rigor desde un punto de vista científico.

Otra barrera es la dificultad para entender la atmósfera como un sistema frágil, una fina capa cuyo espesor es el equivalente con respecto a la Tierra a la piel de una manzana; una capa esencial para que exista la vida tal y como la conocemos, y no un inmenso espacio «vacío» capaz de asimilar todo o casi todo lo que se vierta en él. Una tercera barrera, muy importante desde el punto de vista de la implicación de la ciudadanía en las res-

puestas al CC, es la dificultad para percibir las relaciones causa-efecto entre nuestras acciones, individuales y colectivas, y las consecuencias del cambio climático, que son en buena parte difusas en el espacio y diferidas en el tiempo.

Veremos, a continuación, como estas barreras, entre otras, son perceptibles en la representación que está construyendo la sociedad española del CC. Para organizar nuestra aproximación a esta realidad consideraremos cuatro dimensiones o apartados fundamentales:

- a) la identificación del CC como problema;
- b) la valoración social de su potencial de amenaza;
- c) la profundidad y el ajuste científico de la información y los conocimientos que la ciudadanía española maneja sobre el CC;

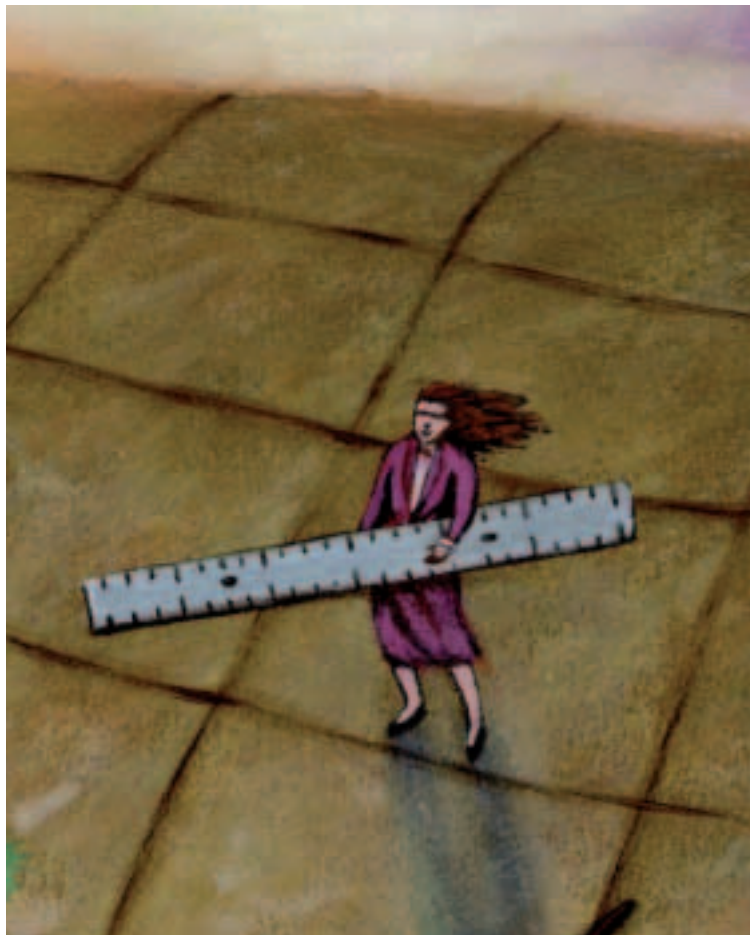
d) y la predisposición a actuar y las prácticas cotidianas relacionadas con la reducción de gases invernadero.

En el acercamiento a estos tópicos no pretendemos ni podemos, por cuestión de espacio, ser exhaustivos. Nuestro objetivo es aportar elementos de reflexión que sirvan al lector o lectora para entender que la complejidad del CC no se limita a su naturaleza como «objeto» de conocimiento y estudio por parte de las Ciencias Naturales, para mostrar que también existe una perspectiva psicosocial, aunque no figure en las prioridades de los programas de ciencia que se ocupan del clima.

#### a) La identificación del CC como problema

Las sospechas de la comunidad científica sobre una posible interferencia de las actividades humanas sobre el clima no comenzaron a trascender desde los círculos académicos al conjunto de la sociedad hasta finales de los años ochenta del siglo pasado. Como sugiere Weart (2006: 183), las primeras noticias sobre una posible alteración climática ocasionada por el hombre se comenzaron a filtrar a la opinión pública mezcladas con las advertencias sobre el deterioro de la capa de ozono y con el proceso de negociaciones que culminó con la firma del Protocolo de Montreal de 1987 para la eliminación de las emisiones de los gases responsables de este deterioro. La vinculación inicial, sobre todo en los medios de comunicación, entre uno y otro problema tendrá, como veremos más adelante, importantes consecuencias en la representación social del CC, al menos en las sociedades occidentales.

En el caso español, independientemente de que en determinados círculos (científicos, académicos, etc.) ya se tuviese en cuenta con anterioridad, el «cambio climático» no comenzó a ser consi-



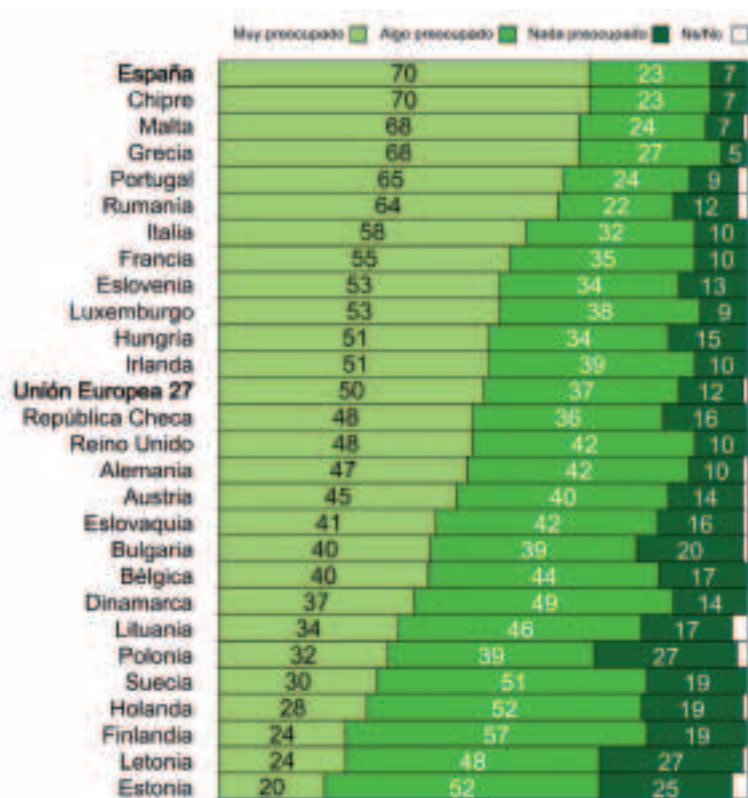


derado como «objeto» de interés público por una porción significativa de la sociedad española hasta la segunda mitad de los años 90 del siglo pasado, hace poco más de 10 años.

El retrato de la cultura ambiental que ofrecen distintos estudios realizados durante la última década permite constatar como el CC ha ido ganando presencia y relevancia en la opinión pública española, hasta el punto de situarse entre las más sensibilizadas ante este problema dentro de la Unión Europea. En una investigación realizada por la Comisión Europea en 2007 (The Gallup Organization, 2007), sobre las actitudes de los ciudadanos europeos ante la política energética de la UE, la submuestra española es la que se declara más preocupada por el «cambio climático y el calentamiento global», con un 70% de encuestados que así se manifiestan, en contraste con el 50% de media en el conjunto de la Unión (ver Gráfico 1). Este mismo estudio permite observar otro patrón interesante: son los ciudadanos y ciudadanas de los países del sur de Europa los que se posicionan como más preocupados por el CC y sus consecuencias, situándose prácticamente todos por encima de la media europea (Chipre, el 70%; Grecia, el 68%; Portugal, el 65%, Rumania, el 64%; Italia el 58%; etc.), una tendencia que habrá que seguir con atención y que puede indicar una mayor sensibilidad asociada a la vul-

*La sociedad española, que empezó a asumir el CC como «objeto» de interés público tan sólo hace diez años, es hoy una de las más sensibilizadas dentro de la Unión Europea*

**Gráfico 1.** Nivel de preocupación de los ciudadanos europeos sobre el cambio climático y el calentamiento global (porcentajes para cada país).



Fuente: The Gallup Organization, 2007.

nerabilidad de los ecosistemas mediterráneos a las consecuencias del CC (desertificación, sequías, incendios forestales, etc.). (Gráfico 1).

En congruencia con estos datos, el último ecobarómetro del CIS (2007, nº 2.682) refleja lo que se puede calificar como una saturación de la creencia de la ciudadanía española en la existencia del «calentamiento de la tierra»: así lo afirma prácticamente 8 de cada 10 encuestados, mientras que únicamente el 5,7% opina que no existen pruebas suficientes para afirmarlo. Estos datos se ven confirmados por la radiografía que dibuja el reciente informe de la Fundación BBVA (2008: 8): en este caso, 9 de cada diez ciudadanos españoles afirman haber oído o leído algo sobre el «calentamiento global», y prácticamente en la misma proporción, el 85,1%, cree que se está produciendo un CC en el

mundo. La misma saturación se constata en la demoscopia autonómica realizada en el marco del Proyecto Fénix (Meira, 2008)<sup>2</sup>: en este caso, el 90% de los gallegos y gallegas mayores de 18 años afirman haber escuchado hablar del CC, con tasas que superan el 95% entre las personas menores de 65 años y que alcanzan prácticamente el 100% entre quienes han cursado estudios medios o superiores.

Dicho sintéticamente, el mensaje de la existencia de un problema ambiental global, el CC, ha llegado a prácticamente to-

(2) El Proyecto Fénix aborda la evaluación de la Estrategia Gallega de Educación Ambiental. En su diseño incluye una demoscopia para explorar la cultura ambiental de la sociedad gallega (Meira, 2008). El trabajo de campo, realizado sobre una muestra representativa de la población mayor de 18 años (N=1200), fue prácticamente coetáneo al que sirvió de base para el ecobarómetro del CIS (2007, nº 2.682).

da la sociedad española. Este nivel de saturación es importante dado que difícilmente se puede enfrentar un problema si la sociedad lo ignora, aunque pueda padecer sus consecuencias ahora o en el futuro. Ahora bien, este nivel de saturación puede ser también contraproducente si no se elabora socialmente dicha representación y si las políticas de respuesta no se visibilizan y apropian socialmente en mayor medida. La mayor «conciencia» del problema también puede hacer a la opinión pública más abierta y vulnerable, paradójicamente, a los mensajes de quienes niegan la existencia del CC o relativizan su potencial de amenaza. Estos mensajes, además, juegan con la ventaja de ofrecer una «salida» al problema sin coste alguno para las personas o para la sociedad: si el CC no existe, es un fenómeno natural –y, por lo tanto, inevitable– o es una amenaza tan diferida en el tiempo que no vale la pena invertir recursos ahora para minimizarla, no tiene sentido preocuparse por él, y menos aún emprender políticas de

respuesta muy costosas o cambios importantes en patrones de comportamiento que se asocian con la seguridad, el bienestar y la calidad de vida.

**b) La valoración del CC como amenaza**

Si los últimos estudios muestran que el CC figura en la agenda ambiental de los ciudadanos, lo que no está aún muy claro es la relevancia que tiene este problema en dicha agenda.

La valoración del potencial de amenaza percibida es fundamental como un factor motivador que puede predisponer o no a las personas a actuar en consecuencia. Lo cierto es que los problemas ambientales, en general, se sitúan en una posición secundaria entre aquellas cuestiones que más inquietan a los ciudadanos y, por ello también, son objeto poco frecuente de reflexión, valoración u opinión. En el barómetro de febrero de 2006 del CIS (2006, nº 2635), ante la pregunta sobre los «tres problemas principales que existen actualmente en

España» (respuesta espontánea, máximo de tres respuestas), únicamente el 3,2% de los encuestados citó algún «problema ambiental», ocupando el puesto 15 entre las 30 categorías identificadas. Como suele ser habitual, en el primer plano de las preocupaciones ciudadanas, intercambiando sus posiciones en función de la coyuntura social, aparecen recurrentemente «el paro» (52,0%), «el terrorismo de ETA» (37,1%), la «inmigración» (28,3%), la «inseguridad ciudadana» (20,2%) y «la vivienda» (18,8%). En la definición de este ranking tienen mucho que ver dos factores: la evolución de la actualidad y de cómo ésta se proyecte en

*Frente a otras cuestiones sociales (paro, vivienda, terrorismo...), los problemas ambientales en general todavía se sitúan en una posición secundaria*

**Tabla 1.** En general, en qué medida piensa usted que... es peligrosa para el medio ambiente (porcentajes)

		(a) Extremadamente peligrosa	(b) Muy peligrosa	(a) + (b)	(c) Algo peligrosa	(d) No muy peligrosa	(e) Nada peligrosa	NS	NC
La contaminación atmosférica producida por los automóviles	2000	18,3	51,6	69,9	27,5	1,3	0,1	1,1	0,1
	2004	16,2	53,8	70,0	25,9	2,5	0,1	1,5	0,0
La contaminación producida por la industria	2000	25,6	56,2	81,8	15,6	1,1	1,1	0,4	0,0
	2004	20,9	59,3	80,2	17,2	0,7	0,1	1,6	0,1
Los pesticidas y los productos químicos utilizados en la agricultura	2000	19,2	47,4	66,6	27,4	2,9	0,9	1,9	0,2
	2004	17,7	51,8	69,5	22,9	3,6	0,7	3,0	0,3
La contaminación de los ríos, los lagos y arroyos españoles	2000	25,6	58,7	84,3	13,3	1,2	0,2	0,8	0,2
	2004	24,8	56,5	81,3	14,9	1,4	0,2	2,0	0,2
El aumento de la temperatura de la Tierra producido por el «efecto invernadero»	2000	27,1	47,6	74,7	14,4	1,4	0,3	9,1	0,1
	2004	21,4	50,0	71,4	16,8	1,8	0,5	9,2	0,2
La modificación genética de ciertos cultivos	2000	12,5	32,6	45,1	24,6	8,2	1,9	19,9	0,4
	2004	9,9	33,7	43,6	25,6	9,6	3,2	17,7	0,4

Fuente: CIS (2000, nº 2390) y CIS (2004, nº 2557)

**Tabla 2.** Valoración en términos de importancia para los encuestados (porcentajes)

	No es importante	Punto medio	Importante	NC
<b>Esfera personal</b>				
Tener un matrimonio estable	11	5	78	6
Tener dinero suficiente para vivir confortablemente	7	8	79	6
Sentirse querido por los amigos y la familia	14	10	71	5
<b>Esfera social</b>				
Reducir el nivel de crímenes violentos en el país	5	9	81	5
Mejorar las escuelas del país	8	12	75	5
Reducir la pobreza	18	15	62	5
Eliminar el déficit presupuestario federal	20	17	56	7
Mantener un ejército fuerte	25	18	51	6
<b>Esfera ambiental</b>				
Reducir la contaminación del aire y del agua	11	14	69	6
Conservar nuestros parques nacionales	15	18	61	7
Reducir el calentamiento global	30	19	43	8

Fuente: Bord, Fisher y O'Connor (1998). Sobre una muestra de 1225 personas. Ciudadanos de los EE.UU. mayores de 16 años.

los medios de comunicación, y la sobrevaloración lógica (desde la lógica del sentido común) de aquellas amenazas que objetiva o subjetivamente puedan afectar a la esfera de la seguridad personal en el corto plazo. El potencial de amenaza, por tanto, que se le atribuye a los problemas ambientales, muy alto para más de tres cuartas partes de la población española, si se asumen literalmente los resultados reproducidos en la tabla 1, se relativiza cuando se contrasta con otros datos. Dicho de forma coloquial: los problemas ambientales pueden ser valorados como muy preocupantes, graves o importantes por la mayoría de la población, pero hay otros que lo son aún más. De hecho, cuando se sitúa el CC o cualquier otro problema ambiental en relación con otras esferas de la vida cotidiana, la percepción relativa de su importancia disminuye considerablemente, como se muestra en la tabla 2.

Otra tendencia inquietante en la Tabla 1 es el desplome de 6 puntos, o de 3 si se suman las categorías a) y b), en la valoración de la peligrosidad del CC—erróneamente denominado por el CIS como «efecto invernadero»—. Esta pérdida de relevancia contrasta con la evolución del problema: mientras la ciencia del clima ha sido cada vez más concluyente al reconocer la existencia del calentamiento global, al señalar la intervención huma-

na como causa principal y al identificar sus consecuencias reales o potenciales, la opinión pública española tiende a minimizar la valoración de su peligrosidad. Esta posible interpretación debe matizarse por el hecho de que en otros problemas sometidos a valoración por el CIS (contaminación industrial, contaminación de cursos de agua dulce o modificación genética de cultivos), la tasa de peligrosidad percibida—la suma de a) y b)—disminuye en mayor o menor medida entre 2000 y 2004. Y también por la relativa antigüedad de los datos.

Para conocer con mayor profundidad esta dimensión de la representación social del CC se puede recurrir a otro ítem contemplado en dos demoscopias del CIS, nº 2.590 (2005) y nº 2.635 (2006), complementadas con uno de los primeros estudios del mismo organismo que sondeó a la opinión pública española sobre el CC (CIS, 1996, nº 2209). La disponibilidad de una secuencia temporal ofrece una mayor posibilidad de profundizar en la interpretación de los datos (ver tabla 3).

Lo primero a resaltar es que prácticamente un tercio de los encuestados en los tres años considerados aplazan hacia el futuro la amenaza del CC—identificada aquí de forma simplificada como «calentamiento de la superficie terrestre»—. En esta serie temporal vuelve a aparecer una clara divergencia con la evolución de la ciencia del CC y los esfuerzos realizados

**Tabla 3.** ¿A usted le parece un problema inmediato, un problema cara al futuro, o no le parece un problema?

		Un problema inmediato	Un problema cara al futuro	No le parece un problema	NS	NC
El posible calentamiento de la superficie de la tierra/del globo	1996	57,5	30,0	3,0	11,0	--
	2005	60,5	31,3	2,0	5,7	0,3
	2006	50,3	39,1	2,8	7,4	0,4

Fuente: CIS, 1996, nº 2209; CIS, 2005, nº 2590; CIS, 2006, nº 2635.



**Tabla 4.** Para quien ha escuchado hablar sobre el cambio climático, cree que al mismo...

	Fénix (2008)	CIS (2007)	BBVA (2008)
Se le está dando la importancia que tiene	19,8 %	34,6 %	36,7 %
Se le está dando más importancia de la que tiene	9,7 %	6,6 %	9,6 %
Se le está dando menos importancia de la que tiene	61,5 %	54,2 %	44,1 %
NS/NC	9,0 %	4,6%	9,6 %

Fuentes: Proyecto Fénix (Meira, 2008, N = 1129), CIS (2007, Estudio nº 2682, N= 2061) y Fundación BBVA (2008).

para concienciar a la ciudadanía sobre su existencia real y su potencial de amenaza: la percepción del CC como un peligro diferido en el tiempo no sólo se mantiene sino que parece ganar adeptos entre la ciudadanía. El salto que se produce en esta categoría —«un problema para el futuro»—, del 31,3% al 39,1 (+8 puntos) resulta especialmente destacable.

Los datos de la tabla 4, más recientes, muestran un panorama matizadamente similar. En las tres demoscopias, la del CIS (2007) y la de la Fundación BBVA (2008) sobre muestras de la población

española y la del Proyecto Fénix (Meira, 2008) sobre la población gallega, son mayoría los encuestados que entienden que al CC se le «está dando menos importancia de la que tiene», frente a porcentajes que no superan el 10% de ciudadanos que entienden que es un problema sobrevalorado.

Otra pauta que se detecta en los estudios sobre la percepción del CC por parte de la sociedad española es la «hipermetropía». Esta expresión es una metáfora utilizada por algunos expertos (Uzzell, 2000 y 2002) para designar la tendencia

de los ciudadanos a señalar la importancia de un problema ambiental pero a deslocalizar sus posibles consecuencias o a aplazarlas en el tiempo. Esa pauta es perceptible también en los datos que se registran en la tabla 3. En ella, 1 de cada 3 ciudadanos encuestados considera que el CC será fundamentalmente un problema del futuro, con una tendencia a crecer este grupo en la secuencia de los tres años sobre los que existen datos (de 1996 a 2004).

La tabla 5 ejemplifica el distanciamiento en el espacio. Sobre una pregunta clásica en las encuestas ambientales, en este caso los ecobarómetros realizados por el CIS en 2005 y 2007, sobre los problemas ambientales que preocupan a los ciudadanos con referencia a distintas escalas espaciales, el CC aparece citado con porcentajes testimoniales en la esfera local (el 1,2% en 2005 y el 2,9% en 2007), con tasas algo más relevantes pero igualmente modestas a nivel de España (del 3,3% en 2005 pasan al 6,7% en 2007), y ya como el problema más citado a nivel global en 2007, pasando del 19,0% al 28,5% en el intervalo de dos años.

**Tabla 5.** ¿Cuáles son los dos problemas más importantes, relacionados con el medio ambiente en...? (porcentajes, selección de los más citados).

Su pueblo o ciudad	2005	2007	España	2005	2007	El mundo	2005	2007
– La suciedad	17,1 (1)	14,8 (2)	– La contaminación atmosférica en general*	23,1 (1)	27,6 (1)	– La contaminación atmosférica en general*	22,9 (1)	25,5 (2)
– La contaminación atmosférica en general*	16,5 (2)	20,3 (3)	– La contaminación industrial	20,0 (2)	12,6 (3)	– El efecto invernadero (2005)/El cambio	19,0 (2)	28,5 (1)
– El excesivo número de vehículos	14,9 (3)	13,6 (3)	– El excesivo número de vehículos	15,5 (3)	10,1 (5)	– La contaminación industrial	17,1 (3)	9,6 (3)
– La falta de equipamientos	14,1 (4)	8,2 (6)	– Los incendios forestales	9,3 (4)	8,4 (6)	– El excesivo número de vehículos	7,4 (4)	3,5 (7)
– El efecto invernadero (2005)/El cambio climático (2007)**	1,2 (16 de 23)	2,9 (14 de 27)	– El efecto invernadero (2005)/El cambio climático (2007)**	3,3 (11 de 23)	6,7 (7 de 27)	– La tala de árboles (2005)/La destrucción de bosques y selvas (2007)**	6,0 (5)	5,3 (5)

Fuentes: CIS (2005, nº 2.590) y CIS (2007, nº 2.682). Respuestas espontáneas. El número entre paréntesis indica el orden que ocupan por porcentaje de citaciones. \* En 2007 el CIS desdobló la categoría «la contaminación atmosférica en general» en dos: «la contaminación atmosférica» y la «contaminación en general»; aquí hemos optado por sumárselas a efectos de comparar los resultados con los obtenidos en 2005.

\*\* En 2007 es la primera vez que el CIS utiliza el concepto «cambio climático» en lugar de «efecto invernadero» en su clasificación de los problemas ambientales.

*Según diversos estudios,  
un alto porcentaje de la  
población española traslada  
la amenaza ambiental  
hacia el futuro*

El aplazamiento del CC como una amenaza del futuro es recurrente en los estudios demoscópicos realizados sobre este tema en los países occidentales aunque el informe reciente de la Fundación BBVA (2008) apunta posibles cambios en este sentido, al menos en la sociedad española. Aún así, el 67,3% de los entrevistados en este informe considera el calentamiento global como un problema «muy importante» para las generaciones futuras y el 53,5% para España, frente a un 38%, prácticamente la mitad, que lo considera «muy importante» para el encuestado y su familia. Estos datos llevan a los autores del informe a concluir que «el fenómeno [del CC] no es visto con lejanía» (Fundación BBVA, 2008: 15), una lectura que indicaría un importante cambio de tendencia en la sociedad española que, sin duda, habrá que seguir y contrastar con atención.

La importancia de esta percepción es grande dado que el aplazamiento de la amenaza o su deslocalización (pensar que afecta a otros lugares), puede servir como justificación para demorar las acciones de respuesta, bloqueando u obstaculizando la disposición a aceptar y adoptar cambios relevantes a nivel individual o colectivo. La dificultad de la población para percibir realmente los efectos del CC no hace más que reforzar y consolidar esta percepción. Aunque este aspecto puede estar evolucionando muy rápido para llevar la representación social del problema hacia el polo contrario: la explosión mediática de información sobre el CC acaecida en 2007



puede hacer que cualquier fenómeno atmosférico ligado a la variabilidad natural del tiempo, pero inusual o extraordinario, sea interpretado por la opinión pública como una evidencia directa del CC, aunque la ciencia del clima no lo corrobore o, incluso, lo cuestione explícitamente.

En síntesis, desde el punto de vista de la amenaza percibida, el CC parece generar un alto grado de preocupación entre la población española que, además, se ha incrementado en los últimos meses. Sin embargo, todavía inquieta menos que otros problemas ambientales de naturaleza más puntual o cuyo potencial objetivo de amenaza es menor. Una proporción importante de ciudadanos, 4 de cada 10, todavía creen que no es un problema inmediato, trasladando su potencial de amenaza hacia el futuro. Estudios demoscópicos similares han detectado en otras poblaciones occiden-

tales el mismo fenómeno. Las tendencias detectadas en los últimos estudios muestran, no obstante, que la población española puede estar modificando aceleradamente su percepción, mostrándose como una de las más preocupadas por el CC, en sintonía con las señales de alarma que llegan desde la ciencia del CC, y con los estudios y pronósticos que sitúan a la península Ibérica dentro de las geografías más vulnerables al calentamiento global.

**c) La profundidad y el ajuste científico de la información y los conocimientos que la ciudadanía maneja sobre el CC**

El hecho de que las personas posean información sobre un problema determinado no es condición suficiente para que actúen proambientalmente. No es suficiente, pero no cabe duda de que el ajuste entre los conocimientos y las re-

**Tabla 6.** ¿En qué medida cree que es verdadera cada una de las siguientes afirmaciones?

		(a) Totalmente verdadera	(b) Probablemente verdadera	(a) + (b)	(c) Probablemente falsa	(d) Totalmente falsa	(c) + (d)	NS	NC
El «efecto invernadero» se debe a un agujero en la atmósfera	2000	23,7%	35,3%	59,0%	5,8%	7,6%	13,4%	26,8%	0,8%
	2004	23,9%	40,5%	64,4%	6,4%	8,6%	15,0%	19,9%	0,7%
Cada vez que utilizamos carbón, petróleo o gas contribuimos al «efecto invernadero»	2000	29,8%	39,0%	68,8%	5,4%	3,9%	9,3%	21,1%	0,7%
	2004	27,9%	42,7%	70,6%	6,4%	3,6%	10,0%	18,8%	0,6%

Fuente: CIS (2000, nº 2.390) y CIS (2004, nº 2.557).

presentaciones ciudadanas y el destilado que la ciencia consigue elaborar y hacer inteligible sobre una determinada problemática ambiental, constituye un factor esencial para que dichas respuestas sean posibles y para que las políticas locales, nacionales o globales orientadas a prevenir o mitigar dicho problema sean socialmente comprendidas y asumidas. El CC no es una excepción.

Ya se anticipó que una de las variables que más ha influido en la construcción de la representación social del CC ha sido su vinculación histórica con la degradación del ozono estratosférico: ambos fueron fenómenos que la misma comunidad científica, los medios de comunicación y los grupos ambientalistas asociaron y vincularon, explícita o implícitamente, desde que salieron a la palestra pública en los años ochenta del siglo pasado, clasificándolos como problemas globales, causados de forma imprevista por la intervención humana y que afectan a la atmósfera. Pero veamos algunos datos. La tabla 6 sintetiza uno de los pocos ítems utilizados en los estudios del CIS para explorar los conocimientos ciudadanos sobre el CC, con la ventaja de haber sido incluido en dos demoscopias separadas por 4 años (CIS, 2000 y CIS, 2004).

Como resulta obvio, el primer aserto es falso desde un punto de vista científico, pero reproduce el «malentendido»

recurrente que muchos estudios sociales han detectado como parte de las creencias asentadas sobre el CC en las sociedades occidentales: la asociación causal entre «el agujero en la capa de ozono» y la alteración del clima terrestre. El «gran malentendido», como es conocido dada su «universalidad», constituye un buen ejemplo de las distintas lógicas que rigen los procesos de representación de la realidad: por una parte, la lógica que ordena la producción del conocimiento científico y, por otra, la que orienta la representación de la realidad en el campo de la cultura común o, si se quiere, del «sentido común».

El éxito en la denuncia de la degradación de la capa de ozono, haciendo uso de la metáfora del «agujero», facilitó y cerró el círculo de esta gran confusión. La imagen del «agujero» ofrece a quien no domina el código científico –e, incluso, también a muchos que lo dominan– una explicación «lógica» –en la lógica del «sentido común»– para simplificar cognitivamente la complejidad del CC y reducir los procesos físico-químicos que lo explican y desencadenan a una simple relación causa-efecto: es perfectamente «lógico» pensar que por dicho «agujero», proyectado hasta la saciedad por los medios de comunicación en esa imagen generada por ordenador de grandes manchas azules sobre los polos, penetra en mayor medida o con más





intensidad la radiación solar responsable de caldear progresivamente el planeta y de desestabilizar el clima.

Como muestra la tabla 6, esta creencia errónea se ha asentado fuertemente y es compartida por 6 de cada 10 ciudadanos españoles, incrementándose esta proporción desde el año 2000 al año 2004. El hecho de que los CFCs se citen cada vez más entre los gases invernadero o que se hable del deshielo de los polos –y no olvidemos que el agujero del ozono se suele ubicar convencionalmente en latitudes polares– como una de las grandes consecuencias del CC son

apostillas que no hacen más que alimentar este error «universal». El informe más reciente que recoge este comportamiento (Fundación BBVA, 2008: 9), destaca como 7 de cada 10 españoles y

*La comunicación sobre el CC debería orientarse hacia una mayor responsabilidad y mejor comportamiento de cada persona, comunidad y la sociedad en su conjunto*

españolas siguen pensando que «el calentamiento global es una consecuencia del agujero en la capa de ozono», una afirmación que sólo es identificada como falsa por 1 de cada 10 entrevistados.

El segundo aserto recogido en la tabla 6 es científicamente correcto e identifica el principal vector causal que liga la actividad humana con el cambio climático («Cada vez que utilizamos carbón, petróleo o gas contribuimos al efecto invernadero»). Como se puede observar, también 7 de cada 10 ciudadanos señalan que es verdadero, prácticamente la misma proporción que registra el infor-



Illustration Stock

me de la Fundación BBVA (2008: 9): el 77,3%. En ambos casos, este dato implica que una proporción importante de las muestras compatibilizan esta creencia, científicamente correcta, con la anterior, falsa. Este juego de contradicciones muestra hasta qué punto la comunicación de un «objeto» tan complejo como el CC es, también, un reto especialmente complejo. Y muestra, también, cómo la lógica del sentido común o, si se quiere, la lógica que rige la construcción social de un «objeto» que es también científico, no se limita a interiorizar la visión o interpretación que de dicho «objeto» se construye desde la ciencia. Tener esto en cuenta debe llevar a no confundir la divulgación científica del CC con la educación y la comunicación sobre este mismo problema.

Precisamente, desde el punto de vista de la comunicación del CC, esta dis-

torsión puede indicar que no es necesario insistir demasiado en la etiología y la responsabilidad humana del CC, que, como ya destacamos, es asumida mayoritariamente por la población española. Quizás sea preciso ayudar a identificar mejor cómo dicha responsabilidad se concreta en la actividad y el comportamiento de cada persona, de cada comunidad y de la sociedad en su conjunto. Una cosa es aceptar que la hu-

*El 50% de los encuestados no encuentra sentido a su comportamiento proambiental si otros ciudadanos no actúan de la misma manera*



manidad es la variable principal que explica el desequilibrio del clima y otra reconocer la responsabilidad concreta de cada individuo y de las sociedades de las que formamos parte en que dicho desequilibrio se produzca.

Quizás sea preciso, también, cuestionar algunas de las creencias erróneas instaladas en la opinión pública, y llenar algunas de las lagunas que se detectan reiteradamente en los estudios sobre la representación ciudadana del CC. Entre las primeras, además de la confusión generalizada que liga causalmente degradación de la capa de ozono y CC, y derivada en gran medida de esa misma confusión, cabe destacar la creencia en una asociación entre el CC y una mayor incidencia del cáncer de piel, mientras se subestiman efectos reales sobre la salud derivados de la redefinición del mapa de enfermedades tropicales por el calentamiento de zonas en las que la temperatura constituía hasta ahora una barrera para su expansión o el incremento de las afecciones respiratorias atribuidas a golpes de calor y a fenómenos atmosféricos extremos (Meira, 2004).

Entre las segundas, las zonas oscuras en el conocimiento público del CC, destacan la dificultad para asociar las actividades agrícolas y ganaderas o el incremento del consumo de carne con la emisión de gases invernadero, la invisibilidad de los almacenes y sumideros de carbono naturales y la ignorancia del papel clave que tienen en el balance de gases atmosféricos (los océanos, los bosques y la vegetación en general, principalmente), los cambios que el CC puede ocasionar en la distribución y la dinámica de los ecosistemas y las biorregiones peninsulares (más allá de los efectos físicos del calentamiento o de los fenómenos atmosféricos extremos), las repercusiones sociales para nuestra sociedad o para otras más vulnerables, las consecuencias económicas a medio y

**Tabla 7.** ¿En qué medida está Ud. de acuerdo o en desacuerdo con cada una de las afirmaciones siguientes? (porcentajes)

		Totalmente de acuerdo o de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo o totalmente en desacuerdo	NS	NC
1. Simplemente es muy difícil que una persona como yo pueda hacer algo por el medio ambiente	2000	29.0	9.7	59.2	2.1	0.1
	2004	29.8	9.8	57.8	2.4	0.2
2. Hago todo lo que es bueno para el medio ambiente, aun cuando ello me cueste más dinero o me lleve más tiempo	2000	50.9	20.2	25.7	2.4	0.9
	2004	46.8	24.7	24.0	2.7	0.7
3. Hay cosas más importantes que hacer en la vida que proteger el medio ambiente	2000	39.9	30.4	25.4	4.0	0.3
	2004	33.8	29.4	32.3	3.5	1.0
4. No tiene sentido que yo personalmente haga todo lo que pueda por el medio ambiente, a menos que los demás hagan lo mismo	2000	47.6	7.7	42.1	2.1	0.5
	2004	47.3	10.4	38.6	2.9	0.8

Fuente: CIS (2000, n° 2.390, N = 2499) y CIS (2004, n° 2.557, N=958).

largo plazo, etc. Estas son algunas de las lagunas detectadas y que será preciso abordar para ayudar a construir una representación ciudadana más profunda y ajustada del CC, y más adecuada, también, si se quiere recabar la comprensión, el apoyo y la participación ciudadana en las políticas de respuesta.

#### d) La predisposición a actuar y las prácticas cotidianas relacionadas con la reducción de gases invernadero

Hasta aquí se ha analizado el grado de identificación del CC como un problema socialmente relevante, la valoración de su potencial de amenaza, y algunas de las imágenes y creencias más extendidas entre la ciudadanía española sobre sus causas y consecuencias. En este apartado abordaremos otra dimensión crucial en la representación social del CC: la que se refiere a la predisposición a actuar frente al problema y a los hábitos y comportamientos que se relacionan con las causas y con las posibles soluciones a él. Escribió Moscovicí (1987: 517) que las representaciones sociales tienen un aspecto «mental» y otro «material»; con esta afirmación pretende poner de manifiesto que las representaciones sociales,

además de una función interpretativa –dar sentido al mundo– y socializadora –consensuar y compartir con otros una interpretación del mundo–, tienen, además, una función pragmática: ayudar a orientar nuestro comportamiento, individual o colectivo, con respecto al «objeto» representado, que en este caso es, obviamente, el cambio climático. En este sentido, cabe inferir que existen conexiones significativas entre los elementos cognitivos («mentales») o, si se quiere, «temáticos» referidos a los «contenidos» de la representación (por ejemplo, la creencia en que el CC está ocasionado por el ser humano o la relación causa efecto entre el deterioro de ozono y el calentamiento del planeta), las valoraciones o tensiones emocionales a las que dan lugar (por ejemplo, considerarlo una amenaza inminente o no) y la predisposición a adoptar o no determinados hábitos y comportamientos que estén relacionados con el problema. Con ello no queremos decir que los comportamientos de las personas están predeterminados por las representaciones de la realidad, pero sí que no obedecen a motivaciones puramente contingentes y azarosas y que, por lo tanto, existe cierto margen de maniobra para actuar en ese espacio de in-

determinación con el fin de mejorar la representación del problema y, sobre todo, para motivar una acción proactiva de respuesta que ayude a mitigar o reducir sus causas y sus consecuencias más graves.

Uno de los tópicos más interesantes en el acercamiento a esta dimensión más pragmática de la representación es la sensación de «sobre-pasamiento» que la naturaleza global y la complejidad del CC pueden generar en los ciudadanos. El sobre-pasamiento se vive y experimenta subjetivamente como la percepción de que la acción individual es inútil o tendrá efectos inapreciables ante la magnitud de la crisis ambiental, sensación que es más aguda ante la escala y la complejidad de amenazas globales como el CC. El sobre-pasamiento se alimenta también de la percepción de que nuestra acción proambiental no tendrá efecto o será anulada por la incoherencia con la que se comportan los otros, sobre todo si creemos que obtienen ventajas competitivas al no asumir los costes –objetivos o subjetivos–, que puede acarrear actuar solidariamente en la gestión de un bien común como, en este caso, la atmósfera.

La tabla 7 explora esta cuestión. Aunque no se refiere al CC en concreto, su



lectura puede ayudar a perfilar el peso que tiene este sentimiento en la sociedad española.

El ítem 1 es el que alude más directamente a la sensación personal de incapacidad ante la magnitud de la crisis ambiental. La lectura aislada de este ítem parece indicar que la mayoría de las personas, prácticamente 6 de cada 10 en los dos estudios, no comparten esta perspectiva. El ítem 2 refuerza esta primera impresión, minusvalorándose en apariencia los costes de tiempo y dinero que puedan derivarse de la adopción de comportamientos alternativos. El ítem 3 introduce un matiz disonante que conecta con el lugar secundario que ocupan los problemas ambientales en la jerarquía de preocupaciones de la población: más del 30% de los encuestados piensan que «hay cosas más importantes» que proteger el medio ambiente, aunque en el año 2004 quienes se declaran en desacuerdo con esta afirmación suman 7 puntos que en el año 2000 (de 25.4% al 32.3% en 2004). El ítem 4, sin embargo, matiza significativamente los resultados anteriores: prácticamente el 50% de los encuestados en ambos estudios no encuentra sentido a su comportamiento proambiental si otros ciudadanos no actúan de la misma manera.

La visión aislada o parcelada de la acción individual es una barrera social importante que inhibe la predisposición al cambio. La dificultad para percibir los efectos agregados de los comportamientos personales sería, pues, un serio obstáculo para que la conciencia sobre los problemas ambientales se transforme en acciones consecuentes a nivel particular. Este dato destaca la necesidad de enmarcar cualquier cambio relacionado con el CC en un contexto social donde los individuos y otros agregados primarios (principalmente las familias y las comunidades) puedan reconocerse como parte de una tarea so-

*Según el último Eurobarómetro especial de la Comisión Europea sobre medio ambiente, sólo el 6% en España y el 5% en Europa asume reducir el consumo de energía y pagar más*

cialmente compartida, con efectos positivos para el medio ambiente. Es preciso identificar cómo los comportamientos individuales, coherentes o incoherentes, se vinculan con los problemas ambientales o con las estrategias de respuesta, y como se produce un efecto agregado significativo –positivo o negativo–. Campañas publicitarias institucionales como la promovida por el Ministerio de Medio Ambiente bajo el lema «El total es lo que cuenta» apuntan, atinadamente, en esta línea.

La psicología y la sociología ambientales destacan recurrentemente el bajo nivel de correlación entre información, valores y actitudes (entendidas como predisposición a actuar consecuentemente), y comportamientos proambientales. Para explicar este desajuste se han identificado distintos procesos que tienen que ver con los factores situacionales (las condiciones estructurales o contextuales que, en el momento de concretar una determinada conducta proambiental, la facilitan o la dificultan), con la valoración de los costes de asumir una nueva conducta con relación a la anterior (valoración objetiva o subjetiva del coste económico, del tiempo, de la renuncia a hábitos relacionados con el bienestar, etc.), con la dificultad para valorar el impacto agregado de las acciones individuales, con la dificultad para actuar estratégicamente considerando el medio y largo plazo, etc.

Es preciso tener en cuenta que estos condicionantes actúan, incluso de forma más exagerada que en otros problemas ambientales, como barreras psicosociales que pueden entorpecer las políticas de respuesta al CC, sobre todo cuando plantean entre sus objetivos la necesidad de modificar hábitos individuales y familiares relacionados con la movilidad y el transporte, el consumo energético doméstico o los estilos de vida que inflan y sobrecargan nuestra mochila energética<sup>3</sup>.

De hecho, como se observa en la tabla 8 (CIS, 2005, 2006 y 2007), los comportamientos asociados con la reducción de emisiones de gases invernadero (renuncia al uso del automóvil privado, uso de transportes alternativos, medidas de ahorro energético a nivel doméstico, etc.) son los que menos se afirman llevar a la práctica, sobre todo en comparación con otras conductas proambientales más simples, al menos desde un punto de vista subjetivo. Sólo un tercio de los encuestados que cuentan con vehículo propio declara que «dejan de utilizarlo» por razones medioambientales en 2006, el 6.7% habitualmente y el 16.4% algunas veces.

En 2007 el panorama era menos optimista. En el último ecobarómetro del CIS aumenta la proporción de personas que afirman contar con vehículo propio y también son más quienes «nunca» dejan de hacer uso del vehículo propio por razones ambientales: el 57,2% en 2007 frente al 43,2% en 2006. Las tasas de uso del transporte público también decrecen significativamente (tabla 8, ítem 11)

(3) El concepto de «mochila energética» es una metáfora utilizada por los economistas ambientales para explicar el consumo energético que acarrea el ciclo de vida de un producto, desde que se extraen las materias primas que lo componen hasta el tratamiento de los residuos que se generan al finalizar su vida útil. La «mochila energética» es, por lo general, invisible para el consumidor, ocultándose así gran parte de los costes ambientales que comporta.

**Tabla 8.** ¿Podría decirme si usted habitualmente, algunas veces o nunca...? (porcentajes)

		Habitualmente	Algunas veces	Nunca	NS	NC/ no procede
1. Utiliza las papeleras públicas para tirar papeles	2005	85.6	12.3	1.8	0.1	0.2
2. Utiliza los contenedores públicos par depositar ciertos desechos (vidrio, cartón, papel, pilas)	2005	70.1	19.4	10.0	0.2	0.2
	2007	67.8	18.4	10.8	0.2	2.8
3. Trata de evitar ruidos	2005	58.4	33.9	6.7	0.3	0.7
	2007	69.7	20.9	7.6	0.3	1.5
4. Utilizan los puntos limpios para deshacerse de electrodomésticos (en 2007: ...o llama a su Ayuntamiento para deshacerse de electrodomésticos y/o aparatos eléctricos cuando no sirven)	2005	48.0	22.3	25.9	2.0	1.8
	2007	57.9	20.1	14.3	1.8	5.9
5. Utiliza diferentes recipientes en su domicilio, según el tipo de desecho (orgánico, plástico)	2005	47.1	24.1	28.3	0.3	0.2
	2007	56.6	21.5	18.1	0.3	3.4
6. Va a pie, en bicicleta para desplazarse en su localidad	2005	46.6	28.3	24.8	0.1	0.2
	2007	47.0	27.4	24.2	0.0	1.3
7. Pone en práctica medidas domésticas para economizar agua	2005	41.8	33.5	23.8	0.4	0.4
	2006	48.9	33.6	17.0	0.1	0.4
	2007	49.4	24.2	24.5	0.7	1.1
8. Usa sistemas de ahorro de energía en su hogar (bombillas de bajo consumo, paneles solares)	2005	31.8	28.4	38.7	0.8	0.2
9. Usa bombillas de bajo consumo en su hogar	2007	33.9	29.4	35.0	1.0	0.7
10. Usa paneles solares en su hogar	2007	1.1	1.2	81.3	0.4	15.9
11. Utiliza el transporte público para desplazarse	2005	29.2	26.1	42.9	0.3	1.4
	2007	24.5	23.0	35.3	0.0	17.2
12. Participa en acciones a favor del medio ambiente (limpieza de playas, parques, plantar árboles)	2005	5.1	14.1	70.8	0.4	0.5
	2006	5.7	16.9	76.5	0,3	0,5
	2007	3.2	12.2	79.4	0.0	5.1
13. Deja de utilizar su vehículo por razones medioambientales	2006	6,7	16,4	43,2	0,1	33,7
	2007	5,5	17,6	57,2	0,9	18,9

Fuentes: CIS (2005, nº 2590, N=2490), CIS (2006, estudio nº 2635, N=2472) y CIS (2007, nº 2682, N=2485).

y pasan del 55,3% en 2005 al 47,5% en 2007 (sumando las alternativas «habitualmente» y «algunas veces»). En aquellos comportamientos (como andar en bicicleta o introducir bombillas de bajo consumo en el hogar) cuyo impacto en las emisiones de gases invernadero puede ser significativo o, al menos, indicar un mayor interés por asumir cambios a nivel personal coherentes con la percepción del problema y la predisposición a actuar, apenas registran modifi-

caciones y son poco significativas en términos estadísticos.

En la medida en que los costes percibidos en adoptar hábitos ambientales alternativos constituyen una barrera importante, la predisposición a aceptar un mayor esfuerzo económico puede ser un indicador más preciso de la relación entre valores proambientales asumidos y comportamientos. El Eurobarómetro especial de la Comisión Europea sobre medio ambiente (European Commission,

2005), planteaba este conflicto con relación a los cambios necesarios en el modelo energético comunitario (para reducir emisiones de CO<sub>2</sub>, entre otras finalidades) y al impacto económico de dichos cambios sobre los ciudadanos. Ante las opciones que presenta la encuesta, el 35% de los entrevistados de la submuestra española se declaran favorables a asumir el esfuerzo de reducir su consumo energético cuando la pregunta es genérica, pero no a pagar más pa-



ra sufragar nuevas políticas energéticas, tasa que se eleva al 50% en el conjunto de la Unión Europea (UE25). El 12% en España y el 15% en Europa declaran no estar dispuestos ni a cambiar los hábitos energéticos ni a pagar más, mientras que el 12% –también en Europa– está dispuesto a pagar más pero no a reducir el consumo de energía. Sólo el 6% en España y el 5% en Europa asume ambas posibilidades: reducir el consumo de energía y pagar más. Este dato se complementa con dos tendencias que se ponen de manifiesto en el estudio del CIS (2004, nº 2.557):

■ El 45.3% de los ciudadanos españoles encuestados se declara «bastante» o «muy» en contra de pagar más impuestos para proteger el medio ambiente, mientras que sólo se declara «muy» o «bastante» a favor el 22.0%;

■ El 46.8% se declara «bastante» o «muy» en contra de aceptar recortes en su nivel de vida para proteger el medio ambiente, mientras que sólo el 27,7% se declara «muy» o «bastante» a favor.

La demoscopia ya citada de la Fundación BBVA (2008) ofrece lecturas contradictorias pero que, en líneas generales, apoyan las tendencias que acabamos de destacar. Puede resultar contradictorio, por ejemplo, que 9 de cada 10 entrevistados (el 88,6%) acepten que es preciso «cambiar significativamente nuestro modo de vida» para luchar contra el calentamiento global, o que 7 de cada 10 se apunten al optimismo considerando muy o bastante posible reducir sus efectos. Una proporción similar, 8 de cada 10, también considera que «es necesario tomar medidas inmediatas» para hacer frente al CC. Estas

cifras estarían indicando una actitud positiva y hasta una demanda por parte de la población de políticas de respuesta que impliquen cambios significativos en los estilos de vida.

Pero la lectura de un segundo conjunto de ítems, referidos a la aceptación de hábitos y pautas de comportamiento más concretos, lleva a pensar que la actitud positiva a la que nos acabamos de referir pueda ser fruto más de la deseabilidad social (la tendencia a asumir cambios que se valoran como socialmente positivos, sobre todo en abstracto), que de una apertura efectiva al cambio. Es así como, por ejemplo, el apoyo a medidas concretas va disminuyendo conforme se transita de la esfera colectiva a la personal: el 84,1% de los entrevistados está de acuerdo con «imponer multas a las empresas que no reduzcan sus emisiones de CO<sub>2</sub>», pero sólo el 35,9% se manifiesta favorable a restringir el uso del coche», y únicamente el 23,8% a aceptar «incrementar los impuestos de la gasolina» (y sólo el 19,6% de los que tienen coche).

El escenario social que dibujan estos datos es inquietante y necesitamos, sin duda, afinar nuestro conocimiento sobre él. Precisamente, una de las características del CC como crisis ambiental de nuevo cuño –global, complejo, incierto, ubicuo en el tiempo y en el espacio– es la naturaleza estructural de sus causas humanas, estrechamente ligadas

*Un 46,8% de los españoles está «bastante» o «muy» en contra de aceptar recortes en su nivel de vida para proteger el medio ambiente, frente a un 27,7% que está «muy» o «bastante» a favor*



a un modelo energético basado en el consumo intensivo de combustibles fósiles y a las formas de producción y consumo que alimenta. Es por ello que los cambios necesarios para revertir o minimizar las consecuencias del CC sobre el ambiente y sobre las sociedades humanas han de afectar inevitablemente a sistemas centrales en el orden económico, político y social actual. No debemos perder de vista que estos sistemas son, para la fracción de la humanidad de la que formamos parte, fuentes objetivas y subjetivas de calidad de vida, bienestar y seguridad.

Ante este panorama, cabe preguntarse si la ciudadanía de los países avanzados está dispuesta a asumir, en general, los esfuerzos y los costes del cambio, máxime si suponen algún tipo de erosión en las cotas de bienestar alcan-

zadas. La metáfora de un cuello de botella social en las políticas de respuesta a la crisis climática es, al menos en nuestras sociedades, una forma de expresar este escenario: ciudadanos cada vez más conscientes y sensibles ante el CC, con información limitada pero suficiente para percibir su potencial de amenaza, pero ciudadanos que, sin embargo, pue-

*A pesar de una mayor sensibilización del problema medioambiental, todavía el apoyo a medidas concretas se transforma drásticamente de la esfera colectiva a la personal*

den entender que los cambios necesarios y las políticas habilitadas para alcanzarlos son demasiado costosos e inaceptables.

Es en este «cuello de botella social» donde hay que focalizar, también, las políticas de respuesta al CC. Al menos, y mirando especialmente hacia la sociedad española, esto ha de hacerse en dos sentidos: mejorando el conocimiento disponible sobre la representación social del CC, desde la dimensión interpretativa a la pragmática; y potenciando los instrumentos educativos, de información y comunicación para facilitar un mayor ajuste entre la representación del problema en la «cultura común» y las políticas de respuesta que, necesariamente, han de ser cada vez más ambiciosas y profundas en sus objetivos y requerimientos de cambio. ♦

## PARA SABER MÁS

- [1] Abbasi, D.R. (2006). Americans and climate change; closing the gap between science and action. Yale School of Forestry and Environmental Studies, Yale.
- [2] Bord, R.J.; Fisher, A. y O'Connor, R.E. (1998). «Public perceptions of global warming: United States and international perspectives». Climate Research, Vol. 11, pp. 75-84.
- [3] CIS (1996). Estudio nº 2.209. Ecología y Medio Ambiente. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- [4] CIS (2000). Estudio nº 2.390. Medio Ambiente (International Social Survey Programme). Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- [5] CIS (2004). Estudio nº 2.557. Opiniones de los españoles sobre el medio ambiente. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- [6] CIS (2005). Estudio nº 2.590. Ecología y medio ambiente. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- [7] CIS (2006). Estudio nº 2.635. Barómetro de febrero. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- [8] CIS (2007). Estudio nº 2.682. Ecología y medio ambiente (II). Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- [9] COI-DEFRA (Department for Environment, Food & Rural Affairs) (2006). Attitudes to climate change. Wave 3. [www.climatechallenge.gov.uk/multimedia/climate\_change\_tuelines\_wavw\_3.pdf].
- [10] European Commission (2005). Special Eurobarometer 217. The attitudes of European citizens towards environment [Documento electrónico: [http://europa.eu.int/comm/environment/barometer/summary\\_ebenv\\_2005\\_04\\_22\\_en.pdf](http://europa.eu.int/comm/environment/barometer/summary_ebenv_2005_04_22_en.pdf) Última consulta realizada el 14 de marzo de 2008].
- [11] Fundación BBVA (2008). Percepciones y actitudes de los españoles hacia el calentamiento global. Departamento de Estudios Sociales, febrero. [Documento electrónico: [http://w3.grupobbva.com/TLFB/dat/presentacion\\_calentamiento\\_global.pdf](http://w3.grupobbva.com/TLFB/dat/presentacion_calentamiento_global.pdf) Última consulta realizada el 14 de marzo de 2008].
- [12] Leiserowitz, A. (2006). «Communicating the risks of global warming: american risk perceptions, affective images, and interpretative communities», en Moser, S. C.; Dilling, L. (Ed.). Creating a climate for change. Cambridge University Press, Cambridge.
- [13] Meira, P.A. (2004). La representación del cambio climático por los estudiantes de la Universidad de Santiago de Compostela. Proyecto de investigación financiado por la Xunta de Galicia. Programa de Investigación en Medio Ambiente (I+D) (2001/PX168). Inédito.
- [14] Meira, P.A. (2008). Proxecto Fénix. Unha aproximación á cultura ambiental da sociedade galega. Sociedade Galega de Educación Ambiental-Consellería de Medio Ambiente da Xunta de Galicia, Santiago de Compostela (en prensa).
- [15] Moscovici, S. (1987). «Answers and Questions». Journal for the Theory of Social Behaviour, nº 17, pp. 513-519.
- [16] Swedish Environmental Protection Agency (2000). Climate change and the general public. Sifo Research & Consulting, Stockholm. [Documento electrónico: <http://www.internat.naturvardsverket.se/documents/issues/climate/report/sifo.pdf> Última consulta realizada el 14 de marzo de 2008].
- [17] The Gallup Organization (2007). Flash Eurobarometer 206a. Attitudes on issues related to EU Energy Policy. European Communities, Luxembourg.
- [18] Uzzell, D. (2000). «The psychospatial dimension of global environmental problems». Journal of Environmental Psychology, nº 20, pp. 307-318.
- [19] Uzzell, D. (2002). «Our uncommon future», en García, R.; Sabucedo, J.M. y Romay, J. (Eds.). Culture, environmental action and sustainability. Hogrefe & Huber, Toronto.
- [20] Weart, S. (2006). El calentamiento global. Historia de un descubrimiento científico. Universidad Pública de Navarra-Laetoli, Pamplona.